

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XLI.

Diciembre, 1902.

CUADERNO VI.

INFORMES.

I.

NUEVOS AUTÓGRAFOS DE CRISTÓBAL COLÓN
Y RELACIONES DE ULTRAMAR.
LOS PUBLICA LA DUQUESA DE BERWICK Y DE ALBA,
CONDESA DE SIRUELA (1).

«¿Qué diré de la manera con que la eximia autora ha desempeñado cometido tan arduo como el que se ha impuesto? Hombres muy distinguidos en el mundo literario, así españoles como extranjeros, han hecho el elogio de tan interesante libro, y los periódicos más leídos se han esmerado en proclamar sus excelencias, y el talento, y las aptitudes de la discreta cuanto gentil y digna dama que hace brillar á nuestros ojos el ciclo de los Albas con el fulgor con que lucieron á los que de cerca los admiraron».

Tales frases ocurrían, entre muchas propias de su galana pluma, á nuestro respetado y querido colega, el general Gómez de Arteche, al informar á la Academia, años há, acerca de los méritos reconocidos en los *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*, obra primera que dió á la estampa la Duquesa en 1892 (2).

Sin transcurrir mucho tiempo, un numerario que no está ya

(1) Madrid. Impr. de los Sucesores de Rivadeneyra, 1902. En 4.º, 294 páginas.

(2) BOLETÍN, tomo xx, páginas 231-255.

entre nosotros, D. Antonio María Fabié, renovaba los elogios de la escritora por haber contribuido como pocas personas al esplendor de las fiestas con que España celebró el cuarto Centenario del descubrimiento de América, dando á luz su segundo libro, interesantísima colección de parte de los documentos que se custodian en el archivo de su casa, bajo título de *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América* (1).

«En puesto preeminente—escribía otro académico con más expresión (2)—hay que contar una señora ilustre, de la más alta nobleza de España, en quien resplandecen á un tiempo y en feliz armonía, virtudes, entendimiento, cultura, juventud y belleza.

»Su libro *Autógrafos de Colón y papeles de América* es una de las publicaciones más importantes del centenario y asimismo de las más útiles que han visto la luz pública en este siglo, dentro y fuera de España, relativas á la historia del Nuevo Mundo...»

Con sentimiento abrevio la enumeración sentida hecha por el Sr. Sánchez Moguel, de la meritoria labor de la Duquesa, proseguida con objeto de dar notoriedad á la riqueza del archivo y del museo del palacio de Liria, reservada hasta entonces para goce exclusivo de sus propietarios. Al término decía:

«Para concluir, la Duquesa de Alba es la primera señora española cultivadora de los estudios históricos en sus fuentes primarias; en los documentos. Esta sola singularidad le daría, por propio derecho, lugar aparte en la historia de nuestras letras. Hemos tenido y tenemos pensadoras, poetas, novelistas, escritoras de historia; lo que no teníamos es investigadoras de primera mano en el campo de las ciencias históricas. La Duquesa de Alba es la primera, y hasta ahora la única».

Las apreciaciones, dicho queda, se emitían el año 1892. Posteriormente, como la distinguida dama obsequiara á la Academia con tercer volumen de sus trabajos llevando por epígrafe *Catálogo de las colecciones expuestas en las vitrinas del palacio de Liria*, Madrid, 1898, encargado de examinarlo nuestro perito

(1) BOLETÍN, tomo XXII páginas 481-527.

(2) Don Antonio Sánchez Moguel, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de Septiembre de 1892.

compañero D. Antonio Rodríguez Villa, lo estimó fundadamente, sin término de comparación, superior en cualquier concepto á los dos anteriores, añadiendo algunas flores peregrinas (1) para el ramillete que me cabe la suerte de ir reuniendo á la autora. Y no se le brindaron solas: un crítico avezado, al anunciar la aparición del libro, decía (2):

«El nombre de esta dama es quizás de los que menos figuran en las reseñas que los cronistas dedican á las fiestas del gran mundo y á las solemnidades teatrales. Gusta más la Duquesa de tener un círculo reducido de escogidas amistades, que se reúne casi todas las noches en el palacio de Liria. Sus íntimos amigos aseguran, por otra parte, que desde hace muchos años, sus mayores placeres consisten en prestar atención á los indicados estudios, en ordenar documentos históricos y en proceder á su publicación, todo lo cual hace—dicho sea en debido tributo á la verdad y á la justicia—con un conocimiento de la materia, con una inteligencia y con una asiduidad que merecen los mayores elogios...

»La Duquesa de Alba, con sus libros, restaura en la historia el recuerdo indeleble de aquellos nombres que, más que á su propia estirpe, glorifican á España, y funda una escuela de emulación para sus hijos, consideración esta que por sí sola bastaría para hacer dignos de aplauso los valiosos libros con que la ilustre dama señala á su patria, con las memorias gloriosas del pasado, esperanzas para el porvenir. Y en verdad que en los momentos críticos por que atraviesa nuestro país, todos necesitamos el calor de esa esperanza».

Todavía, sin tocar á la envoltura y adorno de hojas de laurel tributadas á la escritora culta, cabría abultar el conjunto del centro florido con aromáticos y escogidos productos de nuestros pensiles (3) ó de los de tierras distanciadas (4); mas entonces, vol-

(1) BOLETÍN, tomo xxxii, páginas 415-419.

(2) *La Época*. Madrid, 29 de Junio de 1898.

(3) Prólogo de D. Juan Valera á la *Vida de Carlos III*, escrita por el Conde de Fernán-Núñez. Madrid, 1898.—D. Manuel Serrano y Sanz, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Agosto y Septiembre de 1902.—D. Juan Pérez de Guzmán, *La España Moderna*, revista. Madrid, 1.º Octubre 1902.

(4) *Les Archives de la Maison d'Albe*, por Mr. Alfred Morel-Fatio. *Revue historique*. Paris, 1891.

viendo á leer lo que pensaba el general Gómez de Arteche, transcrito en un principio, ¿qué diré de la manera con que la incansable autora continúa desempeñando cometido tan arduo como el que se ha impuesto?

¿A qué género del encarecimiento habré de apelar, mandándome la Academia consigne en sus tareas el que merezca en mi juicio, por naturaleza flaco, otro volumen, el cuarto de aquellos con que la Duquesa de Alba ilustra á la historia y alumbra manantiales de origen con que se depure y limpie?

Afortunadamente

«Esto á sí mismo se alaba;
No es menester alaballo».

Asiento, pues, que la producción, cuya portada reza *Nuevos Autógrafos de Colón y Relaciones de Ultramar*, si en lo externo luce la distinción y la elegancia gráfica de sus predecesoras, en el contenido no deja dudar que sea hermana suya, tan útil y tan bella como las otras; tan codiciada de estudiosos y eruditos como la que más; tan preciada en agasajo como cualquiera, y más agradecida de la Academia por ser complemento en el valer.

En sobria introducción revela la escudriñadora componente á qué patriótico objeto destinaba su labor, en tiempo de anunciarse en París *Congreso Americanista* con motivo de la Exposición universal, y por qué medios logró, cuando los autógrafos inéditos de Colón alcanzan casi la rareza de los mirlos blancos, juntar docena para entregarla al público dominio.

Es uno de los ológrafos, trazo primitivo de costa en la isla Española, donde la nao *Santa María* se perdió, viniendo á servir sus despojos de material para el fuerte allí mismo erigido. Otro, fragmento del *Rol* ó relación de la gente tripulante de los tres bajeles en el primer viaje de descubrimiento, lista no completa de los argonautas españoles del siglo xv; y siguen epístolas enderezadas por el Almirante á su hijo D. Diego y á Fr. Gaspar Gorricio, monje en las Cuevas de Sevilla; memoriales de agravios; papeles de índole diversa, pero de buen servicio para ir esclareciendo puntos oscuros de su vida y sér.

Hasta qué punto prestan utilidad escritos de la especie, se advierte por la mutación de opiniones ocurrida en el período de diez años pasado desde que el dicho Centenario cuarto se solemnizó en Madrid; desde que en los discursos de ocasión se escucharon con sorpresa y aun—por qué no declararlo—con escándalo, noticias opuestas al criterio general, aunque tímidamente fueran lanzadas contra la corriente impetuosa, de antes engrosada. Así, no es temeraria afirmación que los libros de la Duquesa de Alba han contribuido al resultado de que la verdad se vaya conociendo sin disfraces en el particular.

He copiado de autores de renombre apreciaciones de los lauros que á la noble señora pertenecen por la investigación; con objeto de estimar los que le tocan en la tal mudanza de los juicios, séame lícito recordar lo que en hojas de efímera oportunidad expuse condensando lo que era en 1892 el

Concepto colombino. (1)

El eco de las conferencias con que el Ateneo de Madrid, en las proximidades del cuarto Centenario, conmemora el hallazgo de las Indias, va extendiendo la evidencia de existir, por encima de la esfera vulgar, un concepto generalmente admitido del suceso y de las entidades que á él contribuyeron, que puede sintetizarse en esta forma:

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un mundo. La nación pagó el beneficio con el desprecio, la humillación y la miseria».

¿Cómo ha llegado á formarse este criterio? ¿Cuál es su origen? ¿Por qué causas favorables ha germinado y extendídose?

Sabido es que eran los españoles en el siglo xvi «largos en las fazañas, cortos en describillas». Hubo frailes y soldados que, robando tiempo al sueño, por natural disposición, sin presupuesto ni estímulo, tomaban la pluma con desembarazo narrando senci-

(1) Expresado en mi *Reseña crítica del Centenario*, xviii artículos publicados en *La España Moderna, Revista Ibero-Americana*. Madrid, 1892-1893.

llamente los hechos en que por suerte eran actores, porque de aquéllos quedara memoria; pero no hay que buscar en sus escritos encomios personales, repugnantes á los principios de una educación fundada en el deber del sacrificio de hacienda y vida por la religión, la patria y el rey. Las relaciones se ajustaban al molde estrecho de la crónica, condensando lo esencial.

Hecha la exploración primera del Océano; repetidos sucesivamente los viajes á las islas descubiertas, y de ellas al vecino Continente en su inmensa extensión, con el conjunto de las primeras noticias se fueron redactando las historias generales, no más amplias en lo individual, acaso menos en lo específico, porque la concisión natural de los autores hallaba todavía restricciones en la revisión de los Consejeros de Indias, servidores de una política suspicaz, cuidadosa de no divulgar las sendas que conducían al Nuevo Mundo, y menos lo que ese mundo producía.

Sin excepción, las historias encarecían los méritos, las condiciones apreciables y la respetabilidad de Cristóbal Colón, caudillo de los nautas españoles; no se le tenía, sin embargo, por hombre extraordinario, como andando el tiempo había de ser considerado. Cuando sonó en Valladolid su última hora, la muerte no produjo en el público impresión distinta que la de cualquiera de los magnates ó personas significadas en el reino. De los funerales se encargaron, como era razón y costumbre, los deudos; su elogio no ocupó la atención rompiendo tradiciones por las que no se había dedicado, ni se dedicaba, manifestación semejante á personajes de la altura de Gonzalo Fernández de Córdoba, de los Cardenales Mendoza y Cisneros, de la reina Doña Isabel, universalmente admirada. En la corte andaban el activo noticiero escolar Pedro Mártir de Anglería, los Geraldinos, los embajadores de Roma, Génova y Venecia, que no más que los nacionales concedieron al compatriota italiano mención especial ó recuerdo encomiástico.

Poco más de un siglo había transcurrido cuando Alfonso de Ulloa dió á la estampa, en traducción toscana, la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo D. Fernando, con plan y objeto distintos de las anteriores obras. Mejor que historia es panegírico entusiasta que oculta, con lo que no fuera bueno decir, el origen,

la patria, la edad, los actos de la juventud, el casamiento, la sucesión, las razones ó motivos de la venida á España de su padre y las gestiones ó vicisitudes hasta el momento de firmar capitulación con los Reyes [que, al parecer, es lo que le interesaba].

Por este libro convencional se tuvo en Europa la primera idea del descubridor de las Indias, y se compusieron los epítomes destinados á satisfacer la curiosidad, sin mucho cuidado de ilustrarla. Italia, donde empezaron á disputar la cuna del navegante los pueblos de Lombardía y el Genovesado, controvertió sus merecimientos, anteponiendo los de Amérigo Vespucci una escuela formada en Florencia. Alemania adjudicó á Martín Behaim la primacía del descubrimiento de tierras occidentales; si en Francia y en los Países Bajos tuyo mayor predicamento la figura, fué por encontrar en ella motivo y ocasión de zaherir á la nación, que por el hecho del descubrimiento mismo, por los recursos que con él obtenía, por su aplicación á la lucha tenaz contra la Reforma, era preponderante, temida y odiada.

Cristóbal Colón español, disfrutando tranquilo los beneficios del Almirantazgo, acabando su carrera en honrosas funciones palatinas, no diera á los émulos de España, más que otro cualquiera de los conquistadores del suelo americano, motivo para cambiar la turquesa en que se vaciaban á cada momento las frases discurridas para ennegrecer á cuantos trasponían el Océano. Colón, extranjero y aherrojado, ofrecía á su animosidad un recurso con que aumentar el efecto teatral de las declaraciones, motejando á los reyes, á los ministros, al pueblo, en suma, de ingrato y desleal, tanto como de intolerante y codicioso.

Del libro de D. Fernando, combinado con la substancia de aquel otro vertido á todas las lenguas europeas, que deleitaba á la malevolencia en la *Historia* promulgada en Venecia, con mezcla de *La Destrucción de las Indias*, delirio del P. Las Casas, tomaron, pues, los trasmontanos aquello que á sus miras cuadraba, formando un tipo tan brillante como inverosímil, muy luego, con todo, olvidado, porque realmente la personalidad de Colón, no más que á los alemanes ó á los italianos interesaba por sí misma á otros, excepción hecha de aquellos que por doquiera cultivan el campo de la erudición.

Así pasaron muchos años, descendiendo España, desde la cúspide de la preponderancia, á una situación que la envidia desdeñaba. Las generaciones pasaron también; las ideas, en rápido giro, siguieron los cambios del mapa de Europa, notando que en el de América habían desaparecido los colores del pueblo que lo diseñó. Relegado éste á la indiferencia vecina del olvido, al correr el primer tercio del siglo pasado, la aparición de obra especial del académico marino D. Martín Fernández de Navarrete, titulada *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, atrajo las miradas de los doctos, separadas tiempos atrás de las páginas de Oviedo y Gómara, y aun de la recopilación hecha por Herrera en sus *Décadas*. El nuevo trabajo, en que se habían reunido cédulas reales, provisiones, memoriales, la institución de mayorazgo, el testamento, las cartas del Almirante de las Indias, en número de más de cuatrocientos documentos, ilustrados y comentados con examen crítico racional, pareció revelación de la vida del Colón que incompletamente se conocía.

Recibido con aplauso; considerado por Humboldt monumento insigne de los tiempos modernos; elogiado sin tasa por el barón de Zach, por Verneuil, la Roquette, Berthelot, Prescott; traducido sin pérdida de tiempo al francés, al inglés y al italiano, llevó otra vez el pensamiento al siglo de León X y á la epopeya que en él realizaron los españoles.

El egregio americano Washington Irving tomó á cargo vulgarizarla, en páginas que todavía entusiasman, aunque en imaginaciones juveniles no tanto como las iluminadas luego con el lirismo de Lamartine. Entre ambos autores transfiguraron al descubridor del nuevo Continente, dándole á conocer por héroe en Odysea repetida, astro en el firmamento de la sabiduría, prototipo entre los bienhechores de la humanidad, si bien humano. En lo último ha disentido el conde Roselly de Lorgues—otro admirador—para el cual, cuando menos, fué semi-divino, embajador de Dios; y por ser ley de mecánica que á la acción iguale la reacción, han producido las exageraciones místicas del último los repulsivos discursos de Goodrich, la poesía de Lamartine, el razonamiento frío de HARRISSE, el digno entusiasmo de Irving, la crítica elevada de Justin Wínsor, estudios de tres norteamerica-

nos que, con muchos más, dan testimonio del natural empeño con que allá investigan los orígenes de la historia patria en el hombre que fué causa principal de su existencia.

En nuestro Continente es asombroso el número de escritos á Colón dirigidos; se han multiplicado últimamente en modo que dificulta mucho reunirlos y conocerlos todos; como que llegan á estas horas á componer un conjunto bibliográfico superior al de las más grandes figuras de la historia; mas, por lo general, no enseñan cosa distinta que los primitivos ni profundizan mucho en lo que ellos decían. La mayor parte copian ó imitan, con diti-rámbica frase, uno de los tres modelos celebrados por su lectura recreativa; traspasan los límites de la apología; ponen más alta la imagen, pero sin lineamento.

El solidísimo cimiento sentado por Navarrete no soporta todavía la edificación á que se destinaba. Tenemos buenas copias de cartas escritas por el Almirante; nadie ha estudiado aún, en lo tangible de su espíritu, las condiciones morales que revelan. Tenemos diarios y relaciones de los viajes; aún no está hecho su análisis, ni científica ni técnicamente se han considerado las derrotas, las observaciones, las ideas del objeto como marino, como cosmógrafo, como piloto, como capitán.

En las cédulas, en las instrucciones, en los memoriales, queda también por averiguar lo relativo al contacto social con las personas significadas de su tiempo.

Roselly de Lorgues, cuyas obras dramáticas claramente descubren el desconocimiento de nuestro país, de nuestra lengua, usos, costumbres, hombres y sucesos, no menos que la animadversión á nuestras cosas, por herencia ó tradición atesorada, sin duda; Roselly, que entre las enormidades discurridas supone que su héroe, inspirado por la divina sabiduría, buscaba por el escudo de Veragua un estrecho de salida hacia el Pacífico, donde, en verdad, no lo hay, pero donde lo habrá cuando se acabe la empresa acometida por el *Gran Francés*; Roselly ha conseguido en Francia una reputación, una popularidad, que acuerdan á su historia colombina el envidiable juicio de magistral y definitiva. «Colón fué revelador de América; Roselly es revelador de Colón», exclaman sus adeptos.

No ha logrado tan favorable opinión en Italia. Allí la crítica ha presentado serias objeciones á la veracidad y á la tendencia de su exposición histórica. Ha tenido, no embargante, acogida en determinados círculos, ejerciendo influencia suficiente para estimular á la imitación, y acaso, acaso, no es ajeno á un hallazgo ocurrido con pasmo del mundo (1).

El público en España ha dispensado á los escritos del Conde, postulador en la causa de beatificación del navegante genovés, una acogida poco menos calurosa que la de sus compatriotas. Repetidas ediciones adornadas con orlas y estampas los han hecho familiares á la niñez, acostumbrándola «á considerar la figura de Colón como la del héroe y del mártir que dió un nuevo mundo á Castilla y á León, y murió victima de la ingratitud».

Por sí solo no es Roselly fundador del concepto que ha ido arraigando y extendiéndose por vulgarización, admitido sin reparo como justo y hasta patriótico; pero más que los otros poetas historiadores lo ha inculcado, por sucederles en la cátedra literaria y tocar con sus apreciaciones una cuerda sensible en las creencias religiosas.

No se desconoce, en esferas más ilustradas, la procedencia externa ni la vía por donde ha venido como artículo de importación; sábese muy bien que pugna con las tradiciones nacionales; no obstante—y esto prueba cuánto han ahondado las raíces—persevera frente á la contradicción, teniendo sostenedores en la prensa periódica que lo anteponen á cuanto han contado los contemporáneos del Almirante, alegando que los textos escritos valen poco cuando están en oposición con la lógica; que los autores antiguos son recusables porque vivieron bajo el poder de reyes que habían sido ingratos con el grande hombre, ó se creían en el deber de no tolerar que se manchase el buen nombre de los monarcas anteriores.

Los valedores del criterio exótico rechazan todo lo que tienda á desautorizarlo, juzgando inconveniente é inoportuno que se examine razonadamente, y sobre todo que se ponga en duda el

(1) Alusión al de la sepultura en la catedral de Santo Domingo.

fondo en que encarna. La opinión formada del descubridor de las Indias les parece indiscutible. Sostener que la patria no fué nunca ingrata con él; probar que las contrariedades que sufrió, por su carácter, condiciones y proceder, se explican; que no fueron malvados todos aquellos que en su camino encontró, y que en la hora de la muerte no le acompañaban la prevención ni la indignancia, tienen por desvarío. Ataques á Colón consideran las indicaciones de epístolas que escribió; insidiosa la cita de sus diarios y memoriales; datos más ó menos sospechosos cuantos como estos conducen á conocer los actos de su vida.

Identificando á la personalidad con el suceso, piensan que es Centenario de Colón el que va á celebrarse, y que en tales momentos, no el estudio de las cualidades con que se empequeñece al que nos consiguió colosal imperio y preponderancia en el globo, se desluce la festividad que le está consagrada; se perpetúa la indiferencia de que tenemos que arrepentirnos; no la rebusca de papeles apolillados que, al fin y al cabo, no han de pesar en los ánimos bien dispuestos; el himno de alabanzas á su gloria inmortal en coro plebiscitario sin nota discordante, es lo que procede.

A falta de mejores razones insinúan, de un modo general, ser nimio é impertinente hacer autopsia de las grandes figuras; aplicar á sus acciones las reglas de la moral casera; reformar apreciaciones que han recibido la sanción del tiempo y pasan por autoridad de cosa juzgada. Comprenden que con la investigación podría ganar la verdad histórica, pero sería perdiendo mucho la poesía, á que parece dan culto preferente.

No es rara la opinión; está reconocido que la mitología no es el carácter especial de algunas épocas; es una función permanente en todas, hasta en las que pretenden ser más positivas; porque ni los pueblos ni los individuos viven exclusivamente de voluntad é inteligencia; viven también con la fantasía que agiganta la realidad, purificándolas, y más que nada con el sentimiento, que se compenetra con los grandes sucesos, se hace sangre y carne con los personajes extraordinarios, á cuyo alrededor, como el misticismo en la cabeza de los bienaventurados, coloca nimbos luminosos.

Pero los que estiman grande y bella á la historia sin verdad; los amantes de la ficción fuera del arte, combatiendo á los que en la esfera del arte mismo, sin apariencia verdadera, desechan el artificio, contradicen al espíritu resueltamente investigador, analítico y práctico que preside á nuestra edad, alentando insaciable deseo de penetrar todo misterio. Hoy, que se mide la altura de las cordilleras por milímetros y la paralaje de los astros por milésimas de segundo, se recomienda la anatomía moral de los hombres; se hace más escrupulosa y detenida cuanto el objeto más se elevó, y no por curiosidad pueril ó satisfacción vanidosa, porque la operación analítica procura mejor conocimiento de la época, de la región, del hombre sobre todo, nunca bastantemente estudiado.

Por esta labor ímproba del siglo se corrigen errores de los otros; caen del pedestal estatuas erigidas por la lisonja; se alzan las que abatió la maldad. Unos descienden, otros se reahabilitan, presidiendo la justicia á la inspección retrospectiva que por turno y tiempo trae muertos conspicuos á la mesa de disección á fin de que los Vesalios modernos de la filosofía preparen á su vista lecciones provechosas. Los demoledores de consejas rancias y de reputaciones inmerecidas edifican la verdadera historia con materiales indestructibles, que son los documentos, por regla que ya sentó nuestro Mariana.

Alabar otro procedimiento; querer que sea Colón excepcional é indiscutible, equivale á condenar lo adelantado por la razón, á contradecir lo que por otros conceptos se preconiza, y á separarse de las corrientes que por doquiera se abren camino.

Hay ahora escuela realista colombina, otra mística, otra idealista; todas contribuyen á engrandecer al personaje memorado; todas en el contradictorio juicio lo avaloran, haciendo juntas el oficio del crisol.

¿Qué monumento digno de su inmortalidad equivaldrá á la historia que no tiene?

Tiempo há que M. Deschanel entendía ser llegado el momento de separar á los dos Colones confundidos; el de la leyenda y la poesía, y el de la realidad y la historia. Tiempo es realmente de demostrar que no ha reunido jamás la fantasía en menos pala-

bras errores tantos en número y bulto, como en el consabido concepto á la moda.

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un Mundo. La nación pagó el beneficio con el menosprecio, la humillación y la miseria.»

Desde la fecha de las fiestas no han dejado de aparecer libros manteniendo el campo conquistado por la pasión á la sencilla credulidad; el autor más decidido en el empeño de sublimar las incomparables dotes del hombre á quien llamó *Amplificador de la creación*, lo hizo, redactando todavía un opúsculo que—dicho sea en puridad—valiera más á su fama de historiador que no se hubiera escrito (1); empero no pasó sin reparo (2), y menudean en cambio los contrarios minando las tesis fabulosas ó absurdas con crítica ilustrada, con apoyo y probanza de documentos de autenticidad indubitada, de forma que apenas van quedando puntales sostenedores del edificio legendario, cayendo cada día los que carecen de firme sostén. No há mucho se han sembrado más dudas (3) y anunciado la resolución de muchas (4).

Habiendo de limitar la consideración de las obras á la que mo-

(1) *Les calomniateurs modernes du Serviteur de Dieu, Christophe Colomb*, par le Comte de Roselly de Lorgues. Paris, 1898. En 8.º

(2) BOLETÍN, tomo xxxiv, páginas 304-311, y tomo xl, páginas 41-50.

(3) *La lettre et la carte de Toscanelli sous la route des Indes par l'Ouest, adressées en 1474 au portugais Fernan Martins et transmises plus tard à Christophe Colomb. Étude critique sur l'authenticité et la valeur de ces documents et sur les sources des idées cosmographiques de Colomb, suivie de diverses textes de la lettre de 1474 avec traductions, annotations et facsimile*, par Henry Vignaud, Premier Secrétaire de l'Ambassade des États-Unis, Vice-Président de la Société des Américanistes de Paris, etc. Paris, Ernest Leroux, éditeur, 1901. 8.º mayor, xxix, 319 páginas.

El autor prepara edición inglesa con ampliaciones, anunciándola en *Memoria* dada á luz por el mismo editor este año corriente, con réplicas al juicio de los críticos que lo han emitido en Francia, Italia y Alemania, con objeciones. Otro se ha impreso con esta cabeza:

Gabriel Marcel. *Toscanelli et Christophe Colomb d'après un ouvrage récent*. «La Géographie». Bulletin de la Société de Géographie. Paris, 15 avril, 1902.

(4) *La solution de tous les problèmes relatifs à Christophe Colomb et, en particulier, de celui des origines ou des prétendus inspireurs de la découverte du Nouveau Monde*, par M. Manuel González de la Rosa, membre de la Société des Américanistes de Paris, ancien professeur de l'Université de Lima, etc. Paris, Ernest Leroux, éditeur, 1902.

tiva lo que voy exponiendo, es de notar la importancia del *Rol* de tripulantes en la expedición descubridora por lo que enseña en cuestión hasta el presente enmarañada, si bien no lo enseñe todo. El documento da á entender con claridad que, observando costumbre instituída en la marina catalana, Colón, en sábado 23 de Junio de 1492, y á título de capitán de sus Altezas del Rey e Reyna, *puso tabla* para dar sueldo á los marineros e gente que en la Armada iban, y á todos asentó con los maravedís que en mano propia ó de apoderado y fiador percibieron, de modo que á no estar la lista mutilada no cabría vacilación en el número ni en los nombres de los que le acompañaban.

La incógnita subsiste. En otra pieza del libro mismo de la Duquesa de Alba (1), *Relación del pleito del Estado de Veragua* hecha por D. Diego Colón en 1524, declaró que su padre «no descubrió [las Indias] por guerra, sino con tres carabelas y sesenta y ocho hombres».

D. Fernando Colón, el otro hijo, escribió en la historia del Almirante, siguiéndole como en las más de las noticias el P. Las Casas, haber sido *noventa* los hombres. Gonzalo Fernández de Oviedo los acreció á *ciento veinte*; Pedro Mártir de Anglería á *más de doscientos*. ¿Cuál estaba en lo cierto?

Las diligencias de rectificación no lo descubren. En los autos de pleitos seguidos por los descendientes de D. Cristóbal hay declaraciones de las que han podido deducirse, con seguridad completa, hasta *sesenta* nombres de capitanes, pilotos y marineros presentes en la navegación; en el archivo de Indias ha parecido elenco de los que quedaron en la isla española y murieron á manos de los indios; por los historiadores primitivos ó por singulares referencias esparcidas, se han ido añadiendo individualidades hasta componer cifra aproximada á la de D. Fernando (2); ahora, en los fragmentos del *Rol* formado por el capitán de Sus Altezas,

(1) Pág. 37.

(2) Vide entre mis disquisiciones, *Colón y Pinzón*, informe leído en la Academia, tomo x de sus *Memorias*, 1883.—*Vicente Yáñez, Pinzón y sus deudos*. Sociedad colombiana onubense. Memoria correspondiente al año 1892.—*Estudios auxiliares para reconstrucción de la nao Santa María*, 1892.—*Pleitos de Colón* publicados por la Real Academia de la Historia, 2 vol., 1892-1894.

se cuentan treinta y nueve individuos de los que solamente siete se ven nombrados en las otras listas, resultando por consecuencia *treinta y dos* que se desconocían y que aumentan la suma total á *ciento veinte y tres*, haciendo buena la palabra del cronista del Emperador y conformando con lo que la razón y la costumbre de los tiempos admiten como proporcionados brazos al porte de las tres embarcaciones, *nao y carabelas*.

Obsérvase, además, con la lectura del *Rol*, que los tripulantes, recibieron—natural parece—haberese muy superiores á los establecidos en los mares de Europa, y que Martín Alonso Pinzón obtuvo el mayor de los que se apuntan; doble que su hermano Francisco Martín, maestro de la *Pinta*, lo que pudiera ser indicación del valer en que se le tenía.

Del aprecio dispensado por el caudillo á Fr. Gaspar Gorricio, se contienen en las cartas transcritas á seguida del cuaderno de abordó. Era el cartujo, según se asienta, excelente pendolista; sabía trazar una letra redondilla igual y clara muy del gusto de su Alteza la Reina, quien la había elogiado. Se comprende que constituyéndole el Almirante en custodia de sus capitulaciones, privilegios y cédulas honoríficas, teniendo en cuenta entre las demás condiciones del monje la de residencia en seguro lugar, le enviara (en 1501) *un libro de los viajes de las Indias* y le pidiera traslados de esas escrituras de que frecuentemente se servía.

No podemos juzgar de las que él mismo hiciera en idioma nativo, toda vez que una sola nota muy breve en el margen de libro conservado en la biblioteca colombina de Sevilla se conoce; para comunicarse con los amigos compatriotas y aun con las autoridades de su ciudad de Génova, valíase—por extraño que parezca—del castellano; ahora bien, con el testimonio fidelísimo de la fotografía, corrobora el párrafo que copio, cuanto el ilustre náutico dejaba que desear.

«Ha placido así darme el galardón destes afanes y peligros veramente abalumado cō esta grande vitoria pleje adios se redusgan los disfamadōres de my honrra q̄ con tanta dessoeidad y malcia hã fecho burla de my e disfamado my epresa sin conocimiento de mi dezir, y del servicio e acrescentamiento de sus Altesas».

Fuera enojosa la indicación, siquiera ligera, como las que me ocurren de Colón, extendiéndola á tantos y tan insignes personajes, á cuyas vidas y hechos interesa el último volumen de la Duquesa de Alba. Pizarro, Almagro, Cortés, Magallanes, Benalcázar, Robledo, Andagoya, Ponce de León, muchos más, si no en tanto grado famosos, de preclara reputación, resultan ensalzados en la serie crecida de los documentos guardados en el palacio de Liria, habiendo, por haber, en su número, constancia de que lo mereció en tiempos Lope de Aguirre, aquel feroz vizcaíno domador de potros antes de ser tirano del Marañón, que por último acto en la carrera de atrocidades hundió la daga en el corazón de su hija, diciendo no quería que se oyese apellidar retoño de un traidor.

Nuestras glorias en el extremo oriente no quedan preteridas; abundantes recuerdos y testimoniales de relación de los que poblaron á las islas Filipinas, con las regiones relativamente cercanas de Siam, Camboja, China, Japón, Molucas, hay en el libro, contadas descripciones de batallas, de fiestas, levantamientos, en alternativa de inventarios, pleitos, legitimaciones; con diversos relatos, apropiados para poner al volumen entre aquellos que sin más razón llevan nombre de *Almacén de frutos literarios*.

A qué conducen semejantes colecciones, dice un académico de Francia, M. Gustave Schlumberger, en opúsculo elegante que trae frescas las huellas de la máquina impresora (1) y que á la Duquesa de Alba viene dedicado (2). Oigámosle.

«Viajando por España en el otoño de 1897, entré una tarde en la iglesia de San Juan del hospital de Valencia, y en la primera capilla de la izquierda, consagrada á Santa Bárbara, con difícil-

(1) *Le tombeau d'une impératrice byzantine à Valence, en Espagne*, par Gustave Schlumberger, de l'Institut. Paris, Librairie Plon, 1902. En 8.º, 32 páginas con fotografías.

(2)

A

MADAME LA DUCHESSE D'ALBE
CORRESPONDANT ÉTRANGER HONORAIRE
DE LA SOCIÉTÉ NATIONALE DES ANTIQUAIRES DE FRANCE
PROTECTRICE ÉCLAIRÉE
DES ÉTUDES HISTORIQUES EN ESPAGNE

tad, por la escasez de luz, pude leer este epitafio: *Aquí yace Doña Constanza, augusta emperatriz de Grecia.*

»La inscripción picó mi curiosidad de bizantinista apasionado. ¿Cómo una emperatriz de Grecia, ó lo que es lo mismo, una «basilisa bizantina», fué á vivir y morir en tan lejana ciudad de España á la orilla perfumada del golfo de Valencia?

»Tuve ocasión, el año pasado, de hablar de la urna melancólica con la señora Duquesa de Alba, que de notoriedad es una de las personas más eruditas de España y más amantes de la historia de su país natal. Antes de que pasaran tres semanas, recibía de mano de la aludida todo un legajo (*dossier*) de notas y fotografías que al punto aclararon para mí el problema hasta entonces obscuro. Envío á la Duquesa expresión de mi profunda gratitud».

Poniendo al fin en el informe algo de ciencia propia, esto mismo pienso yo que debe de hacer la Academia, acompañando de una vez á la ilustre señora plácemes y seguridad de ocupar en la consideración del Cuerpo el eminente lugar á que es acreedora.

Madrid, 31 de Octubre 1902.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

II.

EL POEMA DEL CID.—HISTORIA DE LOS OLIVEROS DE CASTILLA
Y ARTÚS DE ALGARBE.—LAS JULIANAS DE HERNANDO DE MERINO.

Libros publicados por el Sr. Ascher M. Huntington.

Cada día aumenta el número de los extranjeros entusiastas de la originalidad, riqueza y galanura de nuestra hermosa literatura patria, y con frecuencia salen á luz importantes trabajos de investigación, eruditos estudios y abultados é interesantes libros